

cias? ¿Por qué, pues, recusar un juez que no es favorable, pero que sin embargo tiene derecho para juzgaros? Confesad que hiere á vuestro amor propio el haber de recurrir á otros, para la decision de una causa que os interesa: confesad que no querríais otros jueces en esta cuestion, que los que pensasen como vosotros.

Los africanos piensan de otro modo que vosotros en punto de belleza.... ¿Qué se sigue de aquí? ¿Osaréis creer que vuestro gusto particular debe ser una regla para determinar el de los otros?... Pero, ¿cuál sería el exceso de vuestra locura, si pensárais que no debe tenerse por bello, ni pasá efectivamente por tal, sino lo que se reputa bello en París, en Madrid, en la Europa?

Desengañaos, pues, mortales vanos é inconsiguientes, abatid vuestro orgullo altanero, y no decidais de las ideas de los otros por las vuestras propias. En efecto, ¿acaso en solo el reino de Gingiro hallaréis pueblos enteros, que se desquitan plenamente del desprecio que haceis de ellos con su desprecio? Sí, en el centro del África, en la Abisinia, en la China, en la Tartaria, en la Laponia, debajo del Polo, en todas partes, á excepcion de vuestro país, pasaréis generalmente por los mas feos de los hombres.

Tú brillas, Aglae, en la corte, y tu belleza hace sus delicias: tu talle es libre y bien hecho, tu andar ligero, tus facciones regulares, tu tez brillante y tu cuello graciosísimo. Pues, ¿qué es lo que te falta? Dícese que ha rizado la naturaleza tus dorados cabellos, que ha coloreado tus labios el pincel de las gracias, que tu frente mas blanca que el alabastro es el sitio del candor, y en fin, que tus cejas dibujadas por el amor, coronan dos hermosos ojos. ¿Qué dices de esto, Aglae? ¿Satisface este retrato á tu amor propio? ¡Ah! ¿Quieres que te desengañe? ¿Diremos que este es un error, una ilusion? Sí, estos frívolos discursos te hacen creer que eres bella, aunque no haya cosa mas incierta en el mundo. En efecto, ¿te resolverias á tenerte por hermosa, si te tuvieran por fea á seis pasos fuera de tu casa? Tu belleza es un ente puramente local, y limitada sola en los lugares en que te hallas; en otra cualquiera parte no lograria ni altares ni coronas. (1)

Para convencerte de esta verdad, permítame que te descomponga idealmente, para volverte á construir, segun los diversos planes de las diferentes naciones del mundo, pues estoy persuadido á que te reirás de tí misma al ver tal extravagante conjunto de piezas mal ordenadas; pero al mismo tiempo te instruiré por menor de todas las principales opiniones de los hombres en punto de belleza.

Chinos, pueblos juiciosos, tan sábios como cultos, cuyo buen gusto se anuncia en Europa por medio de vuestras manufacturas, vosotros me prestaréis para base de mi edificio un pié de tres pulgadas de largo, bien grueso y elevado, de modo, que suponiéndolo hendido, se asemeje perfectamente al pié de un sátiro. También quiero tomar de vosotros esas caderas á manera de bóveda, esos hombros redondos, que sepultan el estómago debajo del omoplato, y no os pido otra cosa. (2)

(1) No solo varia la belleza en todos los lugares, sino es que varia tambien en todos los tiempos. Los antiguos romanos gustaban de las facciones abultadas, y de aquí viene que aun en nuestro tiempo se dice facciones á la romana, como se deduce de un epigrama de Catulo contra la amiga de Formiano:

*Salve, nec nimio puellu naso,  
Nec bello pede, nec nigris ocellis,  
Nec longis digitis....*

De modo, que las bellezas de nuestro siglo hubieran sido muy feas en tiempo de Catulo.

(2) No es facil concebir como pueda el omoplato cubrir el estómago; pero tratándose aquí principalmente de los extravagantes caprichos que tienen los individuos de las diversas naciones del mundo de formar sus cuerpos con el

Enormes prusianos, cuya desmesurada estatura proporciona guardias de corps de seis piés y dos pulgadas, dad á Aglae el grueso y el largo de vuestras piernas, las harémos tornear por los tártaros nogais, quienes las encorvarán hácia fuera hasta que se separen lo menos cuatro piés, lo cual es una maravillosa belleza.

Trapase el moro sus orejas, su nariz y sus labios, suspenda pesos considerables para aumentar la circunferencia de los agujeros que hace en ellos, é introduzca un cilindro de tres pulgadas de diámetro para hacerlos aun mas grandes: el albino se encargará de pintarle el rostro de color de cal, y los ojos de azul.

Tomarémos por medida de su estatura la de la mas pequeña laponia que pueda hallarse en las costas del mar glacial, y de su grueso, el de la mas robusta suiza; pero dejemos la Europa y volvamos á la costa oriental del Africa.

No hablaré de aquel extraño adorno de que se gloria el cafre. (1) El Autor de la naturaleza, siempre sábio en sus designios y magnífico en su ejecucion, no ha criado, sin duda, cosa alguna de que nos debamos avergonzar; pero es tal la extravagancia de las costumbres de nuestro siglo tan culto y tan vicioso, que muchas veces ofenden la modestia y amedrentan el pudor aun las imágenes menos cínicas. Sin embargo, no abandones, Aglae, la punta del cabo de Buena Esperanza, sin adornarte con el vellon lanoso de los hotentotes. (2)

Vuelve, pues, ahora á Europa y manifiéstate de nuevo sobre el gran teatro del mundo, en el cual debes esperar que brillarás mas que antes; porque, ¿tendrá acaso esta Europa un gusto diferente del resto del universo? Y á la verdad, si queriendo Apeles pintar la diosa de la belleza, escogió las mas bellas facciones de las jóvenes mas hermosas de Atenas, para componer de ellas su cuadro y hacerlo mas agradable, ¿cuánto mas no deberás tú agradar viniendo cargada de los despojos de todas las naciones, y hecha

objeto de parecer mas hermosos, basta para el intento de nuestro autor que los chinos tengan tambien e-la ridícula manía. No tomemos, pues, su pensamiento en todo rigor anatómico. (Nota del traductor)

(1) Es una especie de delantal de carne que cuelga á el cafre desde el ombligo hasta mas abajo de la cintura. Semelante imagen parece que ofenderia en un discurso hecho en lengua materna, lo cual no sucederia en la latina, que no es tan escrupulosa sino serlo inferior en nada. Hago mucho tiempo que se ha observado esto, y por lo mismo no quiero insistir sobre ello; pero observaré, sin embargo, que hallándose esta embarazosa decencia de espresiones en razon de la corrupcion de las costumbres, hay un motivo mas para guardar religiosamente las leyes de la modestia en nuestros discursos y nuestras obras. (\*)

(\*) Los hotentotes y no los cafrés, son de quienes se ha dicho que tienen el delantal de carne, de que habla nuestro autor. En esto siguió la opinion de su tiempo; pero se ha averiguado que no todos los hotentotes lo tienen, sino algunas mujeres de los hotentotes gonaqueses, que se procuran una monstruosa prolongacion en sus partes naturales, al principio siendo niñas, por medio de continuos estrones, y luego suspendiendo pesos considerables; de modo que dicha prolongacion llega en algunas á nueve pulgadas. Solo el capricho de la moda podria sugerir una costumbre tan bárbara; aunque en el día es rara la hotentota que la usa; pues se tiene entre ellos por una antigüedad, con corta diferencia como entre nosotros las modas añejas, que conservan algunas de nuestras dueñas.

Véase á Le-Vaillant y al doctor Sparrman en sus viajes á aquellos países.

(2) Las diferentes opiniones de los hombres sobre la belleza, son estraidas de la historia general de los viajes del abate Prevost, de la historia natural del hombre de Mr. de Buffon, del compendio sobre el globo, de Mr. Macclot, y sobre todo de la magnífica edicion de las ceremonias y costumbres religiosas de todos los pueblos del mundo, de Bernardo Picard. No ignoro que, segun la opinion general, los albinos son verdaderos negros leprosos. Voslo es de sentir que su blancura es efecto de una enfermedad que deseca extraordinariamente la piel, y pretende que todos los negros estarian sujetos á este contagio, si no lo evitasen por medio de fricciones frecuentes de aceite, de grasa y de sebo. Pero esta opinion carece de fundamento: primero, porque segun el mismo Voslo, hay pueblos enteros compuestos de solo albinos; segundo, porque no puede concebirse que una enfermedad sea capaz de hacer mudar el color de los ojos y la naturaleza de los cabellos. Hay además otras diferencias bien caracterizadas entre ellos y los otros negros; pero sea lo que fuere, no he creído deber privarlos del derecho de decir su opinion.